



CAPÍTULO XIII.

EL PADRE Y EL HIJO.

HEMOS dejado á D. Santiago y á Gabriel esperando noticias sobre la seguridad del camino; pero aunque el explorador les inspiró confianza, á los viajeros les estaban reservadas algunas sorpresas que haremos conocer á nuestros lectores.

Téngase presente que al volver á ocuparnos de Gómez, nos referimos á una de las épocas en que no prestaba sus importantes servicios á la patria, pues éstos los prestaba sólo en circunstancias extremas.

Gómez merodeaba á la sazón en compañía del Pájaro y de otros dos compadres.

Gómez y el Pájaro, á eso de las siete de la mañana, se encontraban al pié de una montaña en una pequeña esplanada, á la que daba paso por una barranca un puente natural cubierto por abundante vegetación, de manera que la esplanada quedaba completamente oculta é ignorada.

Los dos bandidos esperaban impacientes el regreso de los dos compadres, quienes habían salido á explorar desde las cuatro de la mañana.

Se sintieron de pronto las pisadas de un caballo, y como en aquel lugar, bien conocido del Pájaro, todos los rumores tenían una significación especial, el Pájaro dijo á Gómez:

—Ahí viene Catarino.

—¿Y por qué no el otro?

—No; porque Catarino se fué por abajo y el ruido se oye en esa dirección.

En efecto, á pocos momentos los pasos se acercaron, y después el ruido de las ma-

lezas indicó que el explorador estaba de vuelta.

—¿Qué hay? le preguntó el Pájaro.

—No hay nadie; pero ayer salió del pueblo D. Santiago con su hijo y dos.... yo digo que serán sirvientes.

—¿Quién es D. Santiago? preguntó Gomez.

El Pájaro se había quedado pensativo; pero al cabo de un rato contestó:

—Don Santiago tiene unos doce mil pesos saneados, es un viejo económico que usa todavía la capa de su abuelo y tiene un hijo á quien quiere mucho.

Gómez interrogó con la mirada al Pájaro.

—Pues yo creo, contestó éste, que bien puede aflojar unos cinco mil por el chico, y todavía le dejamos siete para que no se muera del susto.

—¿Y por qué no los doce de una vez?

—Pedimos para que ofrezca.

—Bueno.

—¿Y hacia dónde van? pregunto el Pájaro al explorador.

—Van á México.

—De modo, dijo el Pájaro, que si cortamos por las lomas...

—Los alcanzamos en la tarde oscureciendo.

—¿Como por el ranchito?

—Puede ser que más abajo.

—¿Y Celso? preguntó Gómez.

—No debe tardar, contestó Catarino.

—Lo esperaremos.

Muy poco se hizo esperar el segundo explorador, y apenas se sintieron sus pisadas, los tres ginetes salvando el puente oculto, salieron á su encuentro.

Sin detenerse, el explorador se colocó entre Gómez y el Pájaro para dar sus noticias.

—Lo único que he podido saber por uno que vino de México, es que esta semana debe salir de allá la familia de un señor don Carlos.

—¿Qué don Carlos?

—No sé; dicen que es un rico, que su mujer se llama Chona, y que viene además un señor que se llama Salvador, que creo es español.

—¿Y adónde van? preguntó el Pájaro con visible interés.

—A la hacienda grande.

—¿Ah, es el dueño de la hacienda grande? preguntó Gómez.

—¿Y qué? dijo el Pájaro, sospechando una vacilación por parte de Gómez.

—Que ya sabe que de allí fui yo mayor-domo y me conocen todos.

—¿Acaso tenemos necesidad de entrar á la hacienda? ¿qué, no se acuerda del bosquecito? Pues allí ni modo.

—¡Ah, si no llegamos!

—Oiga, D. Celso, ¿y que día salen?

—Yo por sí ó por nó dejé allá al *Ratón* en el mesón de Regina con su caja de varilla.

—¿Y le dijo que esté pendiente para que avise?

—¡Pues no!

—¿Ya sabe donde estamos?

—Le dije que no pasábamos de entre San Nicolás y el rancho viejo; y en San Nicolás mi comadre le dará razón.

—¡Bueno, dijo el Pájaro, todo lo haremos!
—Entonces, dijo Celso, cortaremos por el otro lado á salir para....

—No, interrumpió el Pájaro, porque vamos á esperar á un D. Santiago que viene con su hijo.

—¿Y á ese *pa* qué?

—¡Adios! si tiene sus *tecolines*.

—¡Qué ha de tener!

—Entonces usted no sabe.

—Es un viejo miserable, y se nos muere del susto.

—Ya veremos; yo sé muy bien que tiene sus doce mil *grullos*.

—¡Ah qué!

—¿La Casa Colorada, pues de quién es?

—¿Del viejo?

—¡Pues no!

—¿Conque tiene?

—¿Y las tierritas que tiene arrendadas á mi compadre Jimenez?

—¿También?

—¡Vaya, pues usted si que!...

—¿Y qué? ¿le quitamos al muchacho?

—Pues eso es.

—Si creo que no es su hijo.

—¡Sí, que no ha de ser! dijo Gómez, y muy su hijo; dicen que lo recogió; pero son jugarretas del viejo hipócrita: el muchacho es su hijo; pero como D. Santiago no ha sido casado, tiene escrúpulo de lucir á sus hijos.

Esto produjo una risa entre aquellos ginetes, para quienes el pudor y otras virtudes eran siempre motivos de desprecio y de burla.

Caminaban los cuatro ginetes entretenidos en su conversación, y salvando con familiar destreza los senderos, los pasos y las veredas, como prácticos conocedores del terreno.

Simultáneamente se detuvieron en una pequeña eminencia, y el Pájaro dirigiéndose á Celso le dijo:

—Anda tú.

Celso, por toda respuesta, arrendó su caballo y comenzó á trepar por una loma.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 BOSTON 1917

Esperaron los ginetes más de un cuarto de hora el regreso de Celso.

—El camino está solo, dijo Celso, y los caminantes vienen ahora bajando el cerro.

—Entonces los esperaremos más abajo, dijo el Pájaro.

—¿Del lado de la barranquita?

—Vamos, dijo el Pájaro, arrendando.

—Vamos, dijeron los otros.

Y cada cual comenzó á prepararse. Celso y Gómez se apearon para componer la silla; Catarino sacó su pistola y la registró; Gómez se pasó hacia adelante el puñal que pendía del cinturón, y el Pájaro rompió la marcha.

Al llegar al lugar elegido por Gómez, aquellos ginetes habían hecho en el día una marcha circular de quince leguas, para venir á parar al punto de donde habían salido, lo cual hará comprender que las noticias llevadas á D. Santiago por su explorador no eran inexactas, pues aquellos hombres habían pasado por allí tomando una

dirección extraviada, que indicaba que no aparecerían pronto por el mismo sitio.

Don Santiago efectivamente venía en compañía de Gabriel bajando del cerro.

El occidente desplegaba á sus ojos el panorama del crepúsculo.

—¡Qué hermosas nubes! decía Gabriel. ¿Qué son las nubes, padre?

—Las nubes, hijo mío, contestó gravemente don Santiago, son las emanaciones que el calor roba á los diferentes cuerpos; son los vapores que se desprenden de la tierra.

—¿Entonces por qué no las vemos subir desde la superficie de la tierra?

—Porque se hacen visibles cuando el frío de las capas de aire superiores las condensa.

—¿Y cómo es eso?

—Se elevan los vapores de la superficie de la tierra y de las aguas durante el día, de una manera invisible; porque son como el aroma de la flor y como la respiración de las plantas: estos vapores ligeros atraviesan

con precipitación las capas inferiores y cuando han llegado á cierta altura se encuentran rodeados de una temperatura más fría, y entonces se unen, se estrechan y se abrazan sosteniéndose mutuamente; allí los arrebatan una corriente de aire y los une á otros grupos, hasta que juntos van á formar esos pabellones, esos pórticos, esos vistosísimos panoramas de mil colores al través de los cuales contemplamos la desaparición del sol.

—¡Qué bello es todo eso, padre! ¿Y el sol dónde se va?

—El sol está fijo.

—¿No camina?

—No, hijo mío, la tierra es la que se mueve.

—¿Y es muy grande el sol?

—Es el globo principal del sistema solar y es 1.385.000 veces más grande que la tierra.

—¡Tan grande! exclamó Gabriel admirado. ¿Entonces estará muy lejos?

—A 34.400.000 leguas de nosotros.

—¡Cuánto saben los hombres, padre! yo quiero saber todo eso. ¿En México aprenderé esas cosas?

—Sí, hijo mío, allí aprenderás: ese es mi deseo.

—Y se lo deberé á usted todo, dijo Gabriel, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Pero no olvidarás nunca mis primeros consejos: instrúyete, enriquece tu inteligencia; pero no corrompas tu corazón; sé humilde y caritativo, huye de la soberbia y de las malas pasiones, y.... oye, vas á encontrar en México muchos jovencitos llenos de humo y de vanidad, llenos de soberbia y de suficiencia; húyeles, hijo mío, húyeles y no imites á los elegantes y á los presumidos, y hazte valer por tu saber y tus virtudes. Yo quiero que llegues á ser un hombre de provecho, respetado por su honradez, por sus buenas costumbres y su buena educación. Felizmente has nacido en un país libre, regido por instituciones democráticas, lo cual te

pone en el caso de aspirar á todos los honores y á todos los puestos prominentes, porque entre nosotros no hay más aristocracia que la del talento y la instrucción; y si sabes distinguirte por tus prendas, alcanzarás en la sociedad un puesto distinguido; pero necesitas trabajar mucho, tener una constancia ejemplar y una dedicación absoluta á tus deberes.

Gabriel caminaba concentrado y atento á las palabras de don Santiago; y éste á medida que hablaba sentía acrecer en su interior cierto enternecimiento, como si comenzara á sentir la influencia de la separación que se acercaba.

El sol estaba próximo á hundirse tras de los montes y prestaba á la naturaleza toda esa variedad de esmaltados colores, en que algunas tardes de México son tan ricas y tan espléndidas.

Las *huilotas*, preciosas tortolitas de los valles, atravesaban con precipitación el espacio en dirección á los *jagüeyes*, adonde después de apagar la sed de la siesta se guarecen en los *perús* y en los sauces.

Algunos labradores se percibían muy lejos conduciendo sus yuntas al establo, al que los bueyes se encaminaban gravemente cansados de las rudas tareas del barbecho; y ya en el cielo, diáfano y sereno, no quedaban más que uno que otro girón de nubes *frisés*, cuyos perfiles se iban perdiendo en el azul del cielo.

Era la hora de la oración y del recogimiento, la hora de las plegarias y el descanso; muy mas remarcable para don Santiago y para Gabriel, supuesto que aquella hora era suprema, no sólo por la galanura de la naturaleza y por la esplendidez de los paisajes que se extendían á su vista, sino porque aquélla era una de las horas que precedían á una separación dolorosa y el principio de una obra santa de regeneración y de luz.

D. Santiago, ufano de su obra, acariciaba interiormente las ideas más risueñas con respecto á la educación de su hijo adoptivo; y Gabriel por su parte contemplaba abismado delante de sí el mundo de la ciencia

y el primer peldaño de una escala que se elevaba ante su noble ambición de saber: por otra parte, había llegado á amar á don Santiago profundamente y sentía un placer tiernísimo al acariciar las venerables canas de su bienhechor, á quien servía con una solicitud poco común en los niños y estaba pendiente de sus menores deseos.

Eran propiamente el hijo obediente y el padre cariñoso los que así se amaban, y guiados por un pensamiento noble, se dirigían á la hermosa capital para buscar allí las primeras fuentes del saber.

¡Cuánto gozaban padre é hijo ante esa risueña perspectiva! y entregados completamente á las ilusiones de un porvenir risueño, contemplaban el grandioso espectáculo de la puesta del sol, con esa efusión propia del que al sentirse feliz tiende su vista á los inconmensurables horizontes, y encuentra algo inmaterial y sublime que se identifica con su entusiasmo, en las nubes, en las distancias y en el firmamento.

Pero en medio de aquel santo recojimien-

to, interrumpiendo los apacibles rumores de la tarde y hundiendo en el abismo del terror el dulce panorama de las ilusiones, resonó en los aires una terrible imprecación, una blasfemia horrible...

Estaban allí Gómez, el Pájaro y los dos bandidos.

